

EL RINCON DE LA HISTORIA

LA FLAUTA EN LA ÉPOCA COLONIAL

Fué el mentado alférez real don Pedro de Miranda el primer flautista que recuerden los anales de la historia de Chile, y al instrumento musical debió Miranda muchos ratos alegres y por sobre todo su propia existencia. Debió este episodio conmover a las gentes, pues nada menos que Góngora de Marmolejo y Mariño de Lobera, los escritores de la conquista, han dejado a la posteridad, escrita en pergamino y letra diplomática, la forma de cómo unas flautas salvaron la vida de dos valientes conquistadores.

Corrían los aciagos meses de 1541 y Pedro de Valdivia, encontrándose en situación aflictiva, después del asalto de Santiago por las huestes del cacique Michimalongo, tuvo necesidad de recursos y escogió como mensajeros al Capitán Cortés Monroy y a Pedro de Miranda, «que con la misma facilidad manejaba la espada y la guitarra, entendía la ordenanza como el naipe, bailaba, cantaba y tocaba la flauta a la perfección».

Al atravesar el valle de Copayapo, los jinetes fueron a caer en manos de los indígenas. «Había en aquel pueblo, apunta Góngora de Marmolejo, unas cajuelas *con dos flautas* y acertando a topar con ellas Pedro de Miranda comenzó a tocar aquélla, con lo cual tenía abobados a los indios oyéndole repicar la flauta, cual otro Mercurio que, con el dulce tañer de su fistula, tenía embelesado a aquel Argos de los cien ojos». Dándole, agrega otro cronista, «tanto contento a la voz y música de ellas que le rogaban los vezase (avezase) a tañer y no lo matarían».

El sortilegio fué aún mayor en la hermosa hija del Cacique, doña María Lamancacha, y Miranda, «remedando en parte a Orfeo cuando fué en busca de su mujer al infierno», salvó su vida y la de su compañero por su destreza en el tocar.

Bautizada con tan peregrina aventura, la flauta tuvo un lugar de posición en la organología criolla. El mercedario Fray Antonio Correa, aprovechando el hechizo de la música sobre los naturales, «escogió cuatro de los más capaces y enseñándoles poco a poco, a poder de industria y de lecciones, los sacó maravillosos ministriles que, hechizados con el sonoro canto, se iban tras él absortos, que buen Orfeo subíase con sus flautas que él mismo había labrado todas las mañanas, al asomar la aurora, sobre el apacible cerro que hace ahora espaldas al Convento nuestro de la ciudad de Santiago, y despertaba con sus festivas voces, no sólo a los españoles, que al punto le enviaban sus yanacunas o indios de servicio, sino a todos los de la comarca».

Al entrar el siglo XVIII, la flauta, esas flautas de plata macheteada dignas de las grandes colecciones instrumentales, habían llegado a ser dilecto entretenimiento social. Y las niñas copetonas

de las tertulias de Santiago y las monjitas enclaustradas de los monasterios, formaban cuartetos y pequeñas orquestas, para lucir las unas frente a la cortesanía de los vecinos prominentes, y rendir las otras su sincera fe, a los pies de los policromados altares quiteños en las fiestas de devoción.

Por la época de la Independencia fueron muchos los padres de la patria que descansaron de sus fatigas de forjadores, al compás de la flauta.

E. P. S.